

que eligió para resguardo de su Persona, sin cuidar de los demás, que al vér tan llena de temores à la que les alentava, se dividieron, buscando cada uno donde asegurarse.

No pudo adquirirse noticia del parage, en que se hallava esta India, hasta que la descubrió una contingencia, que ya refiero. Salió del Presidio de Guainamota, aunque à otro intento, el Sargento Francisco Flores, y una Esquadra de Soldados; advirtió, por haverse extraviado à otra importante diligencia, que un Indio, recatandose de su vista, procuró ocultarse entre la maleza: llamó à su Tropa, y con el cerco, que le pusieron le sacaron, y sin otro apremio, que preguntarle el parage, en que vivia, lo confesó, guiandolos hasta la Rancheria, donde con otros muchos hallaron à la belicosa Juana; y aunque eran superiores en numero, se entregaron luego sin resistencia, rindiendo las armas: fué la India la primera, que movió à los demás, y habiendoles llevado al Pueblo, y bautizandose à su tiempo el marido, se casaron *in facie Ecclesie*. Al principio se mostró muy afecta al Missionero, y à los Militares; mas passados algunos años, se conoció lo radicado, que tenia las astucias de su terco natural, muriendo por ultimo fugitiva, donde no se si lograria confessar sus continuas grandes maldades.

Compuesto ya el Pueblo de Guainamota, y fundado el de nuestra Señora del Rosario en Tacualoyan, repitió el viaje à su hacienda el Governador con el sentimiento, de que huviesse quedado infructuosas sus diligencias, por no haver cogido con tantas al *Tamatini*, de quien se temia, que con sus engaños mantendria obstinados à los muchos, que aun repugnaban rendir el cuello al suave yugo de la Ley. Y aunque no hubo Indio, que quisiesse descubrir el parage, en que se hallava, por fin se llegó à saber, que estava como Barbaro en una cueva echado sobre muchos huevos de gallina, fomentandoles con el calor

natu-

natural de su cuerpo, para que, como persuadia neciamente à los suyos, saliesse Soldados valientes, que ayudassen à los Nayeres. Por ultimo passados algunos meses, viendo todos, que su promessa havia parado en humo, defengañados le desampararon. Al mirarse el ignorante Indio ya sin credito, y sin sequito, determinó, como lo hizo, irse à vivir al Pueblo de Santa Gertrudis; mas estuvo siempre tan obstinado en su Idolatría, que Dios, para castigar su rebeldía, le envió una fiebre mortal, sin saberlo el Padre Missionero, por haverle acometido aquella enfermedad en un barranco, à que se havia retirado, y donde murió desgraciadamente en su antigua infidelidad, despues de haver acalorado la sublevacion, que con mucha repugnancia trasladará al papel la pluma, dexando no poco en el silencio, para no mancharle con los borrones, que afearian esta Historia.

CAPITULO XXIV.

SUBLEVANSE QUATRO PUEBLOS, Y devefe à la constancia de los Missioneros, que se mantenga sossegado el resto del Nayar.

Comenzó à florecer la Christiandad en los Nayeres por la incansable aplicacion, y eficacia de los Missioneros, y à corresponder tan copioso fruto à sus sudores, que parecian todas las Poblaciones de esta Provincia como una de Christianos ya antiguos, experimentandose tan grande sosiego, y quietud en los Indios, que no solo caminavan ya por toda la Serbanía sin escolta de Soldados, sino que sus armas ya se consideravan casi ociosas, y se juzgava con razon, que ya solo se havia de tratar de fabricar rejas, que

ayu-

ayudassen à sembrar un campo, que prometia de todos modos mui abundantes cosechas, y mas con la ayuda de otros tres Obreros Evangelicos, que vinieron de nuevo, y fueron los Padres Urbano de Covarrubias, à quien envió el Padre Visitador Arias al Pueblo de Santa Gertrudis, Christoval Lauria, que como veremos despues, se destinó para Misionero Castrense, y el Padre Retor Manuel Fernandez, que fué Misionero del Pueblo de Santa Rosa. Estando el Nayar tan sofsegado, comenzó el Demonio enfurecido de vér tantas almas arrancadas de sus uñas, y que por instantes se le quitava un Reino tan antiguamente possido, à rebolver los animos de los que hasta entonces havian sido suyos.

A fines del año de veinte, y tres bolvió de su casa à esta Provincia el Governador, y luego procuró el infernal enemigo sacarle otra vez, para que, llevando consigo la mayor parte de los Soldados, se facilitasse el passo à la ofadía, que maquinava. El motivo, que obligó à salir luego al Gefe de esta Provincia, fué un rumor falso, de que se havian visto Indios Tobosos en las fronteras de este Reino. Y aunque los que havian vivido en la Vizcaya, y sabian la distancia, que hai de las tierras de estos feroces Barbaros al Nayar, nunca dieron assenso, y procuraron desvanecer los rezelos de aquel prudente vigilante Cavallero, con todo temiendo el daño, que podian causar, si ponian el pié dentro de esta Sierra, estuvo firme en su dictamen, y resolvió impedirles la entrada. Salió, y despues de haver caminado muchas leguas, bolvió à esta Provincia desengañado del todo. Pero los Nayeres se havian ya tan entregado al engaño de ser cierto, que los Tobosos venian à focorrerles, que no pudo desengañarles la buelta de nuestras Esquadras, para reconocer por falsa la noticia. Los instrumentos, de que el Demonio se valió, las otras causas, que concurrieron, y los motivos,

tivos, que influyeron à la conjuracion, es preciso callarles; porque temo, que la pluma al referirles convierta en borrones las letras, con sonrojo de la modestia. Los efectos fueron tragicos, y tan lastimosos, que todavia saca lagrimas del corazon su recuerdo.

El dia primero de Enero del año de veinte, y quatro acudió al Pueblo de la Santissima Trinidad al Santo Sacrificio de la Missa, tan numeroso concurso de Nayeres, que huviera puesto en cuidado, si no se huviesse atribuido, assi à la solemnidad de aquella Fiesta, como à la natural curiosidad de los Indios en vér al Governador, que se hallava en el Presidio. Y aunque todo aquel dia se advirtió, que hazian continuas Juntas, no se ofreció el menor rezelo, hasta que el siguiente despues de haver desamparado el Pueblo, comenzó la reflexa à hazer tardas inutilis convinaciones. Aquella misma noche, sin sentirlo las Centinelas, se retiraron todos los Indios con tan cauteloso silencio, que ni se reconoció la ausencia, hasta que la luz del dia hizo conocer, que estaban solos los Soldados en el Presidio, y en el Pueblo unicamente el Padre Juan Tellez, y el Padre Urbano de Covarrubias, que havia venido de Santa Gertrudis à tratar con el Governador algunos puntos, que pedian pronta providencia, haviendo dexado aquel Pueblo, y el de Santa Theresa tan quietos, tan gustosos, y affitentes à la Doctrina, que nunca menos se podia sospechar, que les pudiera inquietar el exemplo, ni las persuasiones de los Meseños; y aunque, para mas asegurarlo, quiso restituírse à sus dos Pueblos, con que à lo que parece se huvieran mantenido sofsegados, no convino el Governador, por mas que se lo rogó, por temer sin duda alguna alevosia en tan criticas circunstancias.

Mas resolvió seguir, aunque no à larga distancia, à los de la Mesa, y passó con el Capitán Don Alonso de Reina, y competente numero de Soldados.

dos al Cangrejo, donde por los frescos vestigios, se conoció, que acababan de retirarse, y que no estaba aun determinada la sublevacion para aquel dia, estimulandoles, para apresurarla, el recuerdo de vejaciones no tolerables à su corto sufrimiento, que las havia padecido. La memoria de los bienes, que havian perdido, y el especial aborrecimiento, y temor, con que miravan à algunos, que mandavan, todo les espoleava à sacudir el yugo, que experimentavan tan pesado. Hallandose nuestra Tropa sin la presa, que buscava, y conociendo inutil el procurar el alcance, determinó bolverse al Presidio, habiendo antes aquel dia despachado al Capitán Don Alonso Reina con una Esquadra de Soldados al de San Salvador el Verde, rezelando de que no quiesesen aquellos Indios seguir el partido de los de la Mesa. Llevó orden el Capitán de reconocer los animos de aquellos Nayeres, y en caso, que se huviesesen retirado, de traer à la Mesa las sagradas Imagenes, ornamentos, los viveres, que huviesse en el Presidio, y à los Presidarios con sus Familias.

Llegó el Capitán el dia tres de Enero al Pueblo de Santa Gertrudis, y le halló desamparado, sin que huviesse mas que quatro Indios, que estaban presos en el Presidio, tres de los conjurados, que anduvieron mas lerdos en retirarse, y uno ya Christiano llamado Lorenzo, que encontraron no solo quieto, sino dormido en la casa del Padre, que tenia à su cuidado, y ahora por mal fundadas sospechas le aprisionaron. Tambien estava refugiado el cuñado de Don Domingo de Luna, que se llamava Hormiga, y despues en su Bautismo tomó el nombre de Phelipe. Haviendo escapado este fiel Indio dichosamente del furor de los de Santa Theresa, traxo la funesta noticia de haverle quitado cruelmente la vida à su cuñado Don Domingo, de cuyas buenas prendas dexo ya hecha relacion en el capitulo diez, y seis. Pocos dias

antes

antes havia venido de su Pueblo à verse con el Governador, y darle noticia de la mala disposicion, que havia advertido en los suyos, de los rezelos, y desconfianza, con que vivia alli, y que estava persuadido, que le havian de quitar la vida: pidió escolta de algunos Soldados; mas juzgando, que dava mas cuerpo, que el que devia à sus sospechas, se le negó lo que pretendia, ordenandole precisamente, que desde Santa Gertrudis enviase por su Familia, para conducirla à la Mesa.

Bolvióse Don Domingo, y al llegar à esse Pueblo, aunque para él eran ya evidencias las que poco antes fueron sospechas, no habiendo encontrado Persona à quien poder fiar la extraccion de su Familia, olvidado del proprio riesgo resolvió pasar él mismo; y la noche del dia dos de Enero le cercaron en su casa casi cien hombres; su hermano Estevan, asfaltado del susto, se rindió à los contrarios; y su cuñado Phelipe, no acertando à encontrar sus armas, echó mano à un leño encendido, que ardia en el fagon, y penetró por medio de los enemigos, que sorprendidos de aquel nuevo modo de pelear, le abrieron passo, sin acordarse de ofenderle, escapando assi felizmente de sus sangrientas manos. Quedó solo Don Domingo; y aunque se defendió largo espacio, postrando muerto à sus pies al Capitán de los amotinados, que era un Indio mui valiente, y se llamava Cortés, su misma desesperada resistencia enfureció mas à los rebeldes: acometieronle temerarios, y su valor les hizo retirar varias vezes; mas como eran tantos los contrarios, murió por fin despedazado à sus rabiosas crueles manos el Indio mejor, que tenia el Gran Nayar. Fué general el sentimiento en todos los Españoles, que le amavan tiernamente, y mayor en los Padres, que le havian tratado, y conocido mas de cerca sus generosas christianas prendas.

Dd

Vió-

Vióse el Capitán con esta noticia, y con el retiro de los del Pueblo de Santa Gertrudis obligado à executar el orden, que le dió el Governador de transportar à la Mesa las alhajas de la Iglesia, los viveres, y Soldados. El dia cinco de Enero salió del Presidio à la madrugada, para el de la Santissima Trinidad, tan confiado, que llegó casi à ser desprecio el temor, que devia haver tenido del peligro. Esta imaginada seguridad, y el haver de atender à treinta, y seis mulas cargadas, que llevaba, y à las mugeres de los Soldados dió ocasion, à que no marchassen ordenados. Adelantaronse tres, ó quatro, y al llegar à una estrechura, que no permitia mas que una vereda, les obligó à caminar uno trás otro: estaban en este sitio emboscados mas de ducientos Indios, y ya impacientes de la lentitud, con que los otros caminaban, retardandoles el cogellos todos juntos, comenzaron à disparar flechas, sin dar contra su estilo el alarido.

Al primero, que era un Soldado llamado Nicolás Gutierrez, le derribaron muerto del cavallo, y al que le seguia inmediato, le hirieron tan mortalmente, que llegó despues à las ultimas agonias, y entonces le embargaron tan del todo el movimiento, que no pudo echar mano à las armas; pero el tercero, que era un criado del Capitán al vér tanto aguazero de flechas, aunque no descubria à Indio alguno, disparó la escopeta al aire: con el tiro, y con los gritos, que dava se les entró à los otros por los oídos el peligro, que tanto havian despreciado. Y aunque era improviso el assalto, abandonando las cargas, y dexando competente guardia à las mugeres, que con sus extremos, y lagrimas anmentavan la confusion, acudieron los demás con tal presteza, que impidieron el que acabáran de matar al Soldado herido, y escogiendo el puesto menos incomodo, comenzaron à jugar las armas, y ofender à los enemigos, que ya se dexavan vér, aunque resguardados de las peñas, y de los

los pinos. Duró grande rato el combate; y aunque hirieron à otros siete de los Nuestrós, acertaron estos tantos tiros, que advirtiendolo los contrarios, y viendo, que havia ya en los suyos nó pocos heridos, y tres, ó quatro muertos, se acobardaron, y ocupados del temor se pusieron en fuga, aunque no muy acelerada, porque repararon las dificultades, que ofrecia el puesto, para seguirles el alcance.

A los tres Indios conjurados, que se havian aprisionado, y al inocente Lorenzo, que estava tambien, aunque injustamente preso, les trahian en collera à cuidado de un Soldado llamado Vicente Serrano, hermano del que oy con tanta gloria de ambas Magestades gobierna esta Provincia; mas inadvertidamente ató la punta del cabestro, con que venian atados los prisioneros, à la del que trahia su cavallo: estos al tiempo del combate, se tiraron desesperados al barranco, llevandose consigo al inocente Lorenzo, al cavallo, y al Cavallero, si no se huviera acordado de un alfange, que acaso encontró en uno de los Xacales de los Indios fugitivos, y que entonces tenia en la cinta: metió mano à él, cortó el cabestro, y dieron à rodar los aprisionados; mas el buen Lorenzo se libró de la ruina, que le amenazava, invocando siempre à nuestra Señora de los Dolores, cuya Imagen devotissima llevaba consigo, y haviendola dexado oculta en una cueva, despues con su aviso se halló sin señal, de que se huviesse atrevido à ultrajarla la barbara crueldad de los Gentiles: luego que se apartó de los otros, trató de retirarse à uno de los Pueblos Christianos, aunque Dios, para mas acrisolarle, permitió, que le sucediesse la nueva desgracia, que despues dire.

Las cargas corrieron riesgo; porque aunque algunas mulas se adelantaron à las otras, les cortaron los Indios los pies, y apoderandose de todo, profanaron los sagrados ornamentos, exceptuando la Ara,

que trahia el Criado del Capitán; y se notó como singular maravilla, que haviendole cubierto de flechas, al retirarse, quando dió con el tiro el aviso, quedaron todas pendientes de la ropa, sin que ninguna le hiriese, ni superficialmente. En los otros Pueblos del Rosario, y Santa Theresa quemaron las Iglesias, despedazaron las Cruces, e hizieron menudos pedazos los ornamentos sagrados, sin reservar mas, que las vinageras de plata, la patena, y el caliz, cuyo labio dividieron con un alfanazo.

Grande fué la confusion, en que pusieron al Governador estas noticias: luego que llegó el Capitán Don Alonso Reina à la Mesa, por suponerse, como se escribió, que era general la sublevacion, se tuvo Consejo de guerra; y aunque hubo quien era de dictamen de seguir à los Indios, antes que tuvieran tiempo de retirarse fuera del Reino, todos los demás se le opusieron; porque la escasez de municiones, hazia impracticable el alcance: determinóse despachar, como se executó, Correos à las fronteras, pidiendo socorro: vino pronto del Real de Chalchihuites, de Acaponeta, y Sentiepaque, de donde llegó en breve capitaneando su gente el Alcalde Mayor Don Joseph Henriquez.

Acudieron tambien los Indios amigos. A Zacatecas se escribió assimismo, solicitando polvora, y balas, y remitiendo cartas para su Excelencia con el aviso de aquel nuevo peligroso accidente. Al mismo tiempo se avisó à los Padres Missioneros, que abandonando los Pueblos, passassen à la Mesa, para asegurar sus vidas; pero los Padres, que tenian bien conocidas sus ovejas, y havian bien penetrado los motivos, y el origen de la sedicion, se mantuvieron constantes, respondiendole agradecidos, que sus Pueblos estaban quietos, y sossegados; que no haviendoles los Indios desamparado, pareciera monstruosidad, que los Pastores abandonáran su grey; y que estaban mui

per-

persuadidos, que haviendo tenido gran parte en el movimiento de los sublevados el temor, se inquietarian aun los sossegados, faltandoles el abrigo del Missionero. El acierto de la determinacion le mostró el efecto; porque como notaron todos, solo se levantaron los Pueblos, de donde estava el Padre ausente, por haver baxado, como ya dixé, à verse con el Governador; y se conservaron quietos los que tenian à su Ministro, à excepcion del de la Mesa, donde prevaleció à la presencia del que lo era el temor, que les causava, la del Governador, y de los Soldados, que alli havia.

Luego que llegaron las Tropas auxiliares à la Mesa, hizieron una breve Mission los Padres Urbano de Covarrubias, Joseph Bautista Lopez, y Christoval Lauria, que havia de ir por Missionero Castrense con nuestro Exercito. Despues salió el Señor Governador el dia quinze de Enero con quinientos Soldados; los ciento, y veinte escopeteros; y los trecientos, y ochenta de arco, y flecha. De passó vieron, y lloraron el estrago, que en los Pueblos executaron los sublevados; el Padre dió sepultura al Soldado, cuya cabeza se havian llevado los Indios enemigos, y al Cuerpo de Don Domingo de Luna. Y haviendo observado por las huellas, que ivan los Nayeres camino de la nueva Vizcaya, aunque los mas se havian retirado à dos escondrijos, llamado el uno el hoyo, y el otro la carcel, se siguió aquel, hallando rastro fresco de los fugitivos; alcanzaronles en breve; y con muerte de tres, o quatro de ellos, cogieron à los demás, que llevaban sus bienes, y familias con animo de vivir en uno de los Pueblos de la Vizcaya.

A estos, y à otros, que havian aprehendido las Esquadras de Chalchihuites dexó en el Pueblo de San Francisco de Ocotan con suficiente escolta, pero con Cabo, que no era para el mando, por ser un Soldado gregario, que se havia dado bien à conocer, por sus

sus viles, y nada ajustados procederes. El Governador passó con numero considerable de Soldados à Durango, en donde por varios accidentes, que sobrevinieron, se detuvo tanto tiempo, que quando se restituyó à la Mesa dia siete de Marzo, estava casi del todo apagado el fuego de la sedicion; porque luego comenzaron à darse los sublevados, faltandoles el objeto de su ira; y viendo por la experiencia, quan favorecidos estavan los otros à la sombra de los Padres Missioneros, envidiavan su suerte, y la conseguian, por repetir los Padres las diligencias, para sacarles de los barrancos, prometiendoles el perdon: para asegurarle del todo, precaviendo las indiscreciones, que suele pretextar la autoridad enfurecida, tenian con anticipacion interpuesta suplica à este fin al Excelentissimo Señor Marqués de Casa Fuerte; mas entretanto confiavan, que los Cabos, ò por los respectos devidos à los Intercessores, ò por temor de su Governador, atenderian, y aun agasajarian à los que se fueran dando con el passaporte del Missionero.

Pero quiso la desgracia, que los Indios, que por mano de los Padres bolvian à sujetarse al yugo de la obediencia, por no haver llegado aun el despacho del Señor Virrey, para que fuesen tratados con toda benignidad, y no padeciessen de los Nuestros injustas vejaciones, como despues se recibió, se executarán en ellos hechos mui indignos, y experimentarán tales agravios, que fue necesaria toda la paciencia, para no prorrumpir en los excessos, à que suele obligar la sinrazon, y la offadia. Ocasionó estas monstruosidades la confusion, que era preciso seguirse à la de no haver, ni Governador, ni Teniente suyo, à quien recurrir, y que presidiese como cabeza à todo el cuerpo, quedando tantas en la Provincia, que en cada Presidio havia una. Por esta causa se vió mas de una vez executar en los que se entregavan tales excessos, que ni les reservavan las vidas.

Bien

Bien se vió assi en nuestro Indio Lorenzo, de quien ya hablamos poco ha; apartado de los Nayeres, con quienes injustamente iba atado como reo, siendo en realidad inocente, experimentó el patrocinio de nuestra Señora de los Dolores en muchos casi continuados peligros. Despues de haverse determinado vivir en Pueblo de Christianos, quando ya lo executava, tropezó en otro riesgo; porque andando en campaña una Esquadra de Soldados, que mandava aquel Cabo, que el Governador dexó en San Francisco de Ocotán, y que se hizo con sus operaciones indignas mui memorable, le cogieron; y sin que le valieran las razones, que alegava, mandó aquel Gefe ahorcarle de un arbol: executóse assi; y quando les parecia, que ya estava muerto, dexaron caer en tierra el cuerpo, que no se dudava, que era ya cadaver; mas haviendo pasado algun tiempo, recobró repentinamente los sentidos; y aunque el que mandava, indignado quiso, que le bolvieran à colgar, no faltaron compassivos, que le persuadieron, que se contentára con llevarle preso con otros Nayeritas, que havian aprisionado. Lo cierto es, que los Naturales de esta Provincia, desde que salió el Governador, estavan ya tan trocados, que casi eran ociosas las armas; porque los de Santa Theresa, sin que les moviese insinuacion agena, fabricaron de nuevo Iglesia, y los de Santa Gertrudis, aunque en otro parage, donde se congregaron, erigieron una hermosa Cruz de madera exquisita, y labrada con esmero, y prolixidad: demonstraciones, que causaron grande consuelo en todos, viendo à los Indios tan rendidos, la sedicion tan apagada, y buelto el Reino al feliz estado, en que se hallava.

CA-